

COLECCION USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

### Los Grandes Films

Estos títulos son los siguientes:

Los hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. El Corsario. Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — ¡¡París!! — Venganza de mujer

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Emperador. Lirio entre espinas. El que recibe el bofetón. — Rómula. — Janice Meredith. El Fantasma de la Ópera. El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans Gêne. — América. — Cuando los amantes aman. — El Capitán Blood. Más fuertes que el amor

Precio: 50 CÉNTIMOS

PRÓXIMOS NÚMEROS:

**Ella...** (del CIEC)

**Nobleza baturra**

**¡ÉXITO GRANDIOSO!**

F. VERDAGUER MORERA. — TOPETE, 16 — TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 208

50 cts.



LA LEY  
OLVIDADA

Por MILTON SILLS,  
JACK M'CALL,  
ALEX. B. FRANCIS, etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

**FilmoTeca**  
de Catalunya

HORNE, James W.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 208



## LA LEY OLVIDADA

(THE FORGOTTEN LAW, 1922)

Magnífica producción dramática,

interpretada por los siguientes artistas:

Margarita . . . . .	CLEO RIDGELY
Ama Cely . . . . .	LUCRECIA HARRIS
Juez Burns . . . . .	ALEC B. FRANGIS
Ricardo Jarnette . . . . .	MILTON SILLS
Victor Jarnette . . . . .	JACK MULHALL
	<i>etc.</i>



EXCLUSIVA DE  
S. HUGUET  
Provenza, 292  
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
NIGEL BARRIE

VEURE "CINE MUNDIAL" - FEBRER 1923



# La Ley Olvidada

---

## Argumento de la película

---

En los archivos de algunas primitivas colonias, hoy Estados del Este Norteamericano, había leyes de muy antigua promulgación, olvidadas de todos y caídas en completo desuso por lo absurdas, pero no abolidas. Mas cuando el odio o la cólera diluían en las almas su veneno, el hombre moderno resucitaba estas leyes para usarlas como arma de venganza. En la época de nuestra historia una de estas leyes estaba aún en vigor en el Estado de Columbia.

\* \* \*

La casa Jarnette, desde hacía mucho tiempo regida por hombres, iba a recibir a una novia.

Era aquélla una de las más espléndidas fincas de la localidad. Varias generaciones

se habían sucedido en la misma, y la fortuna de todas ellas, acumulada, había pasado a manos de dos hermanos que se querían entrañablemente. Inmenso jardín circundaba la alhajada casa.

Ama Cely, una negra dulce como el chocolate, era en el hogar de los Jarnette algo inherente a la familia, inamovible y respetado como una institución. En sus brazos cariñosos había mecido a los que a la sazón eran los jefes del mismo.

Entre los amigos de los dos hermanos, había uno que los quería como si fuesen familiares suyos. Este era el juez Burns, que consideraba una prolongación natural de su propia casa la morada de Jarnette, en la que tenía, además, la autoridad de asesor legal.

Ricardo y Víctor eran los dos hermanos, el mayor y menor, respectivamente.

Víctor iba a llegar a su casa acompañado de su esposa. Había anunciado su boda para aquella mañana. No podía tardar en aparecer.

El acontecimiento salía de lo corriente. Sin embargo, nada alegre era el aspecto del hogar.

Los seres que en él estaban, sentíanse preocupados. Aparte de ama Cely, que en su cor-

to alcance no veía más allá de su corazón, abierto a todas las alegrías ajenas, los demás, el juez, un criado y Ricardo ocultaban una gran intranquilidad.

Tan era así que, de súbito, Ricardo tomó la resolución de marcharse. No podía permanecer por más tiempo en su propia casa. Prefería huir lejos, con su amargura.

¿Qué misterio encerraba su asombrosa actitud?

Los celos impulsaban a Ricardo. Para él no había nada en el mundo comparable a su hermano Víctor. Sentía un gran amor por él. Al calor de este sentimiento, exagerado hasta la pasión, había nacido en su pecho un paradójico prejuicio irrazonado contra la mujer que también le amaba. En su opinión, el cariño de la esposa le robaría el cariño del hermano. Esta era su convicción y nada ni nadie podría convencerle de lo contrario.

El ama advirtió la resolución de Ricardo, y le cerró el paso, suplicante:

—No se marche todavía, amo Ricardo. Tiene usted que conocer a la nueva señorita.

Pero Ricardo seguía en sus trece, y hubiese partido de no impedírselo el juez.

—¿Qué es eso? ¿Ibas a marcharte? Te he estado observando en silencio, y comprendo

lo que por ti pasa. Es absurdo. ¿Es que hay razón para que te ausentes porque vaya a venir tu cuñada? ¿No has de verla, más tarde o más temprano?

Las persuasiones del juez hallaron eco en Ricardo, y su intento de abandono fué vencido.

A poco, Víctor, lleno de juventud, impulsivo por temperamento y fanático devoto de la alegría de vivir, llegaba a su casa con Margarita, desde hacía unas horas su mujer.

La gentil desposada, llena de ilusión, pisó el umbral de la nueva existencia con la rica dote espiritual de un corazón todo bondad y una gran pureza de ideales.

—Esta es nuestra casa—le dijo Víctor, empujándola con suavidad, enlazados los dos.

—¡Qué linda, Víctor! ¡Qué felicidad!—musitó Margarita.

La primera en verles fué ama Cely, que no podía ocultar la alegría que llenaba su alma.

Víctor le presentó a su mujer.

El ama, trémula de emoción, estrechó la mano de la joven, y, no sin esfuerzo, pronunció, sonriente:

—Ahora sí que va a estar bien la casa, con una amita tan linda.

El juez y Ricardo habían asimismo repa-

rado en los recién casados. Adelantóse el primero a saludarles cordialmente.

Ricardo seguía inmóvil en el fondo del salón. Víctor, al verle, avanzó hacia él, y lo propio hizo el mayor, abrazándose de todo corazón.

—¡Que seas muy feliz, Víctor!

Margarita esperaba ansiosamente ser presentada a Ricardo, a lo que éste no parecía muy dispuesto. Ello no pasó inadvertido, y la sencilla joven sintió como un malestar profundo ante la indiferencia de su cuñado.

Víctor hizo a poco las presentaciones.

—Margarita, éste es mi hermano, del que tanto te he hablado.

Ella le tendió su blanca mano, y Ricardo, sin demostrar la menor satisfacción, correspondió a la prueba de amistad.

Sin embargo, Margarita, comprendiendo sobradamente lo que motivaba la extraña conducta de su cuñado, le dijo simple y cariñosamente:

—Desde hoy, todas las aspiraciones de mi vida se condensarán en una suprema: hacer la felicidad de su hermano.

En aquellos momentos, unos brazos se asomaban, suplicantes, por la puerta de la calle, entreabierto por el criado de la casa, quien,

como cumpliendo órdenes superiores, rechazolos, cerrando aquélla sin contemplaciones.

Víctor había presenciado la escena sin inmutarse. El juez fijóse también en ella, y el criado, aleccionado por una mirada del primero, la refirió falsamente:



—Desde hoy, todas las aspiraciones de mi vida se condensarán en una suprema: hacer la felicidad de su hermano.

—No fué nada; una pequeña discusión con uno de los tenderos.

Ricardo cogió a solas a su hermano, y no pudo menos de lamentarse, envolviéndolo en

el sagrado sentimiento que le inspiraba:

—Tus deberes conyugales, querido Víctor, te alejarán ahora de mí. Pero de esta triste realidad me consuela la esperanza de que seas dichoso.

A lo que Víctor, que no supo jamás agradecer bastante a su hermano el afecto sin límite que le tenía, respondió, egoístamente:

—¿Cómo podría dejar de serlo? Me he casado con la mujer más encantadora de la tierra.

Era preciso que Ricardo se resignase. ¿No veía a su hermano completamente dichoso? ¿Su bienestar no era, precisamente, lo que él le deseara siempre? Sí, aceptaría, lo más conformado posible, la decisión del destino, pero sólo por su hermano, no por la esposa...

El criado de la casa, habitada de costumbre por Víctor, pues Ricardo, no teniendo negocio fijo, acostumbraba viajar, acercóse al primero, y le indicó que le llamaban al teléfono. Al verse a solas, pudieron hablar del significado de aquellos brazos que se tendían suplicantes desde la puerta. Se trataba... Era un secreto de Víctor... El criado se había portado de modo sobresaliente.

—Hiciste bien—le dijo Víctor—. Esa gente me molesta mucho. Nunca quisiera verla aquí.

Alejóse, moviendo pesadamente la cabeza, el criado, y Víctor se puso al aparato.

—¿Quién es?... ¿Cómo?... ¡Ah!... ¿Eres tú? ¡Qué osada!... No vuelvas a llamarme otra vez, te lo ruego. ¡De sobra sabes que me he casado! Más tarde arreglaré mis asuntos contigo.

La que se hallaba en el otro extremo del hilo soltó una carejada, y Víctor, malhumorado, colgó el auricular, apartándose del teléfono.

El juez había sido testigo de la conversación. No había oído más que a una parte, pero suponía quién era y lo que decía la otra. Reunióse con Víctor, y poniéndole una mano en el hombro, en señal de confianza, le habló como lo habría hecho su padre.

—El matrimonio es un lazo sagrado, hijo mío. Espero que en adelante no tendré que intervenir en nuevos enredos, como algunos de que te he librado.

Víctor hizo como si el recuerdo de sus hazañas anteriores al matrimonio le causase horror, y contestó:

—Descuide, juez. Estoy apresurándome a quemar mis puentes; pero comprenda que es muy poco un día para borrar todo el ayer de un hombre.

Margarita regresaba al salón, cambiada de ropa, y Víctor recibíola con los brazos abiertos.

—¿Estás contenta?—le preguntó.

—No tal, Víctor. Estoy muy contrariada. Creo que a tu hermano, aunque él pretenda demostrar otra cosa, no le ha gustado nuestro casamiento.

—Por favor, Margarita. No digas eso. Ricardo es serio, pero justo. Tú no puedes comprenderle, porque aun no le conoces bien.

—No sé, no sé... pero me mira de un modo que no tiene nada de agradable. ¿Es que no cree que yo voy a ser muy feliz contigo, amándote como te amo?

—Desecha tus temores, Margarita. Ricardo no tiene por qué dudar de nuestro mutuo amor. Son cosas que pasan en todas las familias, y muy fáciles de explicar.

El ama había estado yendo de un lado a otro retocando detalles. Terminados completamente los preparativos de recepción de la “señorita”, fué a buscarla, robándosela a Víctor.

—Venga, amita, y verá cómo he arreglado su casa.

Margarita, agradecida al ama por la simpatía que le demostraba, la siguió y fué elo-

giando, una por una, las finezas de la buena mujer.

Pasaron los días.

No obstante los propósitos de Víctor, algunos de los puentes que le unían al pretérito rechazaron el incendio, declarándose incombustibles.

Cierta noche, Margarita, Ricardo y el juez esperaban a Víctor para cenar.

La tardanza del ausente impacientaba a la esposa, a la que aquéllos procuraban convencer de que no tardaría ya en llegar.

Llamaron al teléfono. Era Víctor. Estaba aún en su despacho de la ciudad.

—Te estamos esperando, Víctor—le dijo Margarita al percatarse de que era él quien la llamaba.

—Lo siento de veras; pero un asunto muy urgente me impide ir a reunirme contigo.

—¿Cómo no me dijiste nada a mediodía?

—Se presentó inopinadamente. Regresaré más tarde. Hazte cargo de que los negocios son los negocios, hijita.

—Pero, Víctor; ya que por mi amor no te creas obligado a nada, debieras venir por consideración a tu hermano, que está aquí.

—No puedo, Margarita, no puedo. Mucho

lo lamento, pero Ricardo sabrá disculparme... Hasta luego.

Un brazo femenino se enroscaba al cuello de Víctor. El asunto urgente que impedía a éste cumplir con su esposa y sus invitados, era una mujer, otra mujer...



—No puedo, Margarita, no puedo. Mucho lo lamento...

Al regresar al salón, Margarita, sin ocultar su tristeza, dijo al juez y a Ricardo:

—Víctor no vendrá a cenar esta noche. Esto de comer fuera de casa está haciéndose ya un hábito en él.



El juez condenaba para sus adentros, apiadado de Margarita, el punible comportamiento del incorregible conquistador.

En cambio, Ricardo, que en su ceguera por su hermano le consideraba un ser superior, incapaz de las flaquezas del resto de los mortales, salió en su defensa públicamente:

—Usted debe comprender que la amplitud, cada día mayor, de los negocios de Víctor, le consume gran parte de su tiempo.

Margarita sintióse ofendida por la inesperada censura de Ricardo, pero no calló lo que revolucionaba su conciencia.

—Siempre halla usted disculpas para su hermano. Pero sin duda no pensó usted nunca en el respeto que mis sentimientos merecen.

Ricardo, un tanto desconcertado, iba a replicar con desabrimiento a Margarita, convencido de que debía á moldarse, sin discutir las, a las acciones de Víctor, y el juez se preparaba para cortar la inminente discusión. Por fortuna, ama Cely, como enviada por la Providencia, anunció en aquel instante, que la comida estaba echándose a perder con tanto esperar.

Margarita, cubriendo con un velo su dolor, dirigióse al comedor, y los dos hombres

la siguieron, celebrando el juez la feliz intervención de ama Cely, y reprochando Ricardo, íntimamente, a todas las mujeres, el no saber comprender a sus maridos. Consideraba a todas las compañeras del hombre unas egoístas. Margarita era, según él, una prueba elocuente de ello. Por cualquier nimiedad criticaba a Víctor. ¡Qué absurdas todas! Quieren que el marido gane mucho dinero, y le acechan como si fuese un chiquillo. Y rumoreó:

—¡Qué tontería hiciste, hermano, casándote! Un hombre de negocios como tú, no debía encadenarse a una mujer caprichosa.

Y entretanto, Víctor, renegando de la esposa y del hermano, cenaba con una de las amigas que se resistían a romper con él...

Conforme transcurría el tiempo, Víctor iba construyendo nuevos puentes de engaño e infidelidad. Y llegó un día en que cinco candelitas adornaron un pastel de cumpleaños, con motivo de que en la casa Jarnette celebrábase el quinto aniversario del nacimiento de Rosita, hija de Margarita y Víctor, un rayo de sol, como la llamaba ama Cely.

Cada día más abandonada por Víctor, Margarita había puesto en su hija todos sus amores. La niña fué la pasión arrolladora de su vida.

El juez no podía faltar a la fiesta en honor de la niña. Presentóse en el jardín, ocultando algo detrás de la espalda.

—Rosita, corre a saludar al señor juez— díjole Margarita.

Y la niña, saltando de gozo, pues quería mucho a su viejo amigo, le fué a recibir, dándole su mejilla a besar.

—Si adivinas lo que te traigo, te *la* doy.

—¡ Es una muñeca!—gritó la niña.

—Sí; es una muñeca... pero una muñeca de buena familia, porque lleva un sombrerito muy mono. Tómala.

—¡ Oh! ¡ Qué muñeca, mamá! ¡ Qué muñeca! ¡ Oh! ¡ Oh!

La alegría de la niña no se detuvo ante nada ni ante nadie. Alejóse, y cuando se hubo cansado de corretear, detúvose y no se le ocurrió nada mejor, mientras descansaba, junto a otros juguetes, que dar una paliza a la nueva muñeca, para que supiese que, si era desobediente, habría reparto de "caricias".

El juez se había aproximado a Margarita.

—¡ Cómo le agradezco lo mucho que la *quie-reusted!*—exclamó la madre mirando al buen amigo.

En el borde de sus ojos brillaban unas lágrimas. ¿Puede haber mayor alegría para una madre que saber amados a sus hijos?

El juez estrechó la mano de Margarita, y, alentador, manifestó:

—Cuando el amor de una criatura así bendice los dolores, se hace inagotable la entereza para sufrirlos.

—Es verdad, juez, es verdad... Por ella lo aceptaría todo...

Tampoco se olvidó Ricardo de felicitar a su sobrinita, y su regalo fué el de un espléndido collar.

Las relaciones de Ricardo con Margarita no eran ni buenas ni malas. A fuerza de tratarla, aquél habíase convenido de que no era como él se la imaginara al principio. Sin embargo, no le dejaba de extrañar el poco caso que de ella hacía Víctor, y lejos estaba de suponer que era a causa de las perniciosas costumbres de su hermano que la esposa era relegada a segundo término, por no decir al último lugar.

"Quien mal anda, mal acaba" reza el adagio, y para Víctor empezaba, tal vez, a justificarse.

Había conocido durante largo tiempo a una mujer sin más lema que el interés, y, hastiado ya de ella, decidió olvidarla, por otra.

Pero la aventurera era más lista de lo que él suponía, y la separación no fué tan sencilla como Víctor imaginaba.

—¿Has creído que puedes arrojarme de ti cuando te plazca, sin que a mí me quede otra misión que la de resignarme?—le dijo, aquel día, al presentarse de nuevo a él como si no hubiera comprendido que ya no la quería.

Víctor, excesivamente nervioso, levantóse de su mesa de trabajo, y crispando los puños y enrojeciendo sus ojos de cólera, empujó a la mujer hacia la puerta, amedrentándola sobremanera.

—¡Te aseguro que es la última vez que me amenazas! ¡Márchate ahora mismo!

La desdeñada amiga abrió la puerta del despacho, y al disponerse a desaparecer, repuesta ya de la suspensión que le produjo el despecho de Víctor, prometió vengarse.

—¡Yo te ajustaré las cuentas, querido Víctor... y te las ajustaré bien, no lo dudes!

El mujeriego abalanzóse a ella, pero la puerta cerróse antes que la pudiera alcanzar.

Los cobardes esgrimen siempre el arma de la maldad para herir a sus adversarios, im-

portándoles un mito que otras personas sufran las consecuencias de sus actos. El caso, para ellos, es hacer daño directamente o indirectamente a sus enemigos.

La amiga de Víctor, toda a su rencor por la referida escena, se dirigió recto al hogar de aquél, dispuesta a contárselo todo a Margarita.

Hízose anunciar.

Margarita encontrábase aún en el jardín con su hijita, su cuñado y el juez, departiendo con ellos agradablemente.

Entró en la casa, extrañada de que alguien la visitase.

Saludó con cierto recelo a la amiga de su marido, y la invitó a explicarle el motivo de su presencia allí.

La aventurera, sin detenerla el menor remordimiento al encontrarse frente a la mujer a la que iba a perturbar su vida para siempre, empezó, entre bocanada y bocanada de humo de un cigarrillo:

—Usted no me conoce... pero va a conocerme. Como su marido no hubiese tenido nunca la "delicadeza" de presentarme, lo voy a hacer yo misma. Todo es cuestión de criterio... ¿no le parece?

Margarita había adivinado ya quién era

aquella mujer, y preparábase a despedirla de su casa.

—Será preferible que se siente—prosiguió la vengativa visita—. Lo que yo tengo que decir a usted nos llevará algún tiempo.

Margarita no pudo soportar más tiempo a la impertinente mujer, y trató de sustraerse a sus explicaciones. Avisaría al criado para que la acompañase hasta la puerta.

Pero la aventurera la detuvo bruscamente, amenazadora.

—Si se niega usted a escucharme, dará lugar a una escena que habría usted de lamentar después.

Margarita vaciló un momento. Se trataba de su marido. Un escándalo sería perjudicial. ¿Qué diría Ricardo? ¿Qué el juez? ¿Y la servidumbre?

—Bien. Diga usted lo que sea... pero abrevie.

Y Margarita, bien a pesar suyo, hubo de oír largas acusaciones contra su esposo, adquiriendo la evidencia de cosas de que ya sospechaba hacía tiempo, es decir, que Víctor, cuando no iba a comer en su compañía, era porque otra mujer estaba con él.

Sin embargo, muy dignamente, contestó a la malvada:

—No creo una palabra de cuanto usted me ha dicho.

—¿Que no me cree? ¿Me trata usted, pues, en mis propias barbas, de calumniadora? ¿Eso no me lo repetirá usted!

La aventurera estaba decidida a todo. Presentaba riña a Margarita; mas la voz de Víctor, que acababa de llegar a su casa, y que estaba, en aquel momento, hablando con el criado, la hizo desaparecer del salón, ocultándose en otra pieza; creyendo la esposa que se había marchado.

Apareció Víctor. Margarita, anonadada por las revelaciones de la mala mujer, se abrazó a él, en cuyo semblante se reflejaba la indignación que le había causado la noticia, comunicada por el criado de que *una mujer que no había querido dar su nombre estaba hablando con su esposa*. Por las señas había deducido Víctor que se trataba de su ex amiga, y al no verla con Margarita, sintió un ligero alivio. Habría salido por la puerta del jardín. Se puso en guardia. ¿Qué iba a decirle su compañera? ¡Bah! Con una mentira, todo quedaría arreglado.

—¡Oh, Víctor, Víctor!... ¡Dime que no es cierto nada de lo que acaban de decirme!... ¡Dime que me engaña esa mujer!

Una piadosa negativa hubiese sido un bálsamo para Margarita. En un caso como ese, negar es salvarse. No es una cobardía. Rechazando los cargos que le había hecho la aventurera, Víctor hubiese demostrado que se reconocía culpable delante de quien podía pedirle



*Una piadosa negativa hubiese sido un bálsamo para Margarita.*

cuentas. Y como la mujer necesita tener confianza, mintiendo, Víctor hubiese consolado a su mujer.

Pero Víctor era demasiado impulsivo y exa-

geradamente absoluto, para entretenerse en reflexionar.

Margarita insistió en su pregunta, y entonces, en un arranque de ira, él le contestó:

—¡Si tú no hubieses sido tan complaciente para escuchar, no estarías ahora tan dispuesta a creer!

—Pero, Víctor...

Confirmando recelos, cambiando en certeza las dudas, la aventurera había quitado a un alma el bendito asidero de la ilusión y abierto un abismo entre dos corazones... Y aun tenía la audacia de escuchar los lamentos de la infeliz, y de presentarse, ahora, de nuevo, ante ella y el esposo, para que no hubiese entre ambos arreglo posible.

—La verdad, por dolorosa que sea, debe ser siempre escuchada—pronunció.

Víctor, al verla, contuvo su ira y Margarita, sin exaltarse, midiéndola con su dignidad de esposa, la hizo expulsar por el criado.

La desalmada mujer sonrió cínicamente, y al punto de salir, dijo a Víctor, gozándose en el efecto de su venganza:

—Bien, señor Jarnette, puesto que decía usted que le resultaba aburrido su hogar, ya he traído un asunto que lo anime.

A solas los esposos, Margarita, imponiendo-

se a su dolor, procuró evitar el naufragio de su dicha.

—¿No tienes nada que decirme, Víctor?— musitó.

—¿Es que vas a someterme a interrogatorio, como en un tribunal?

—¡Nada de eso! ¡Quiero saber cuánto tiempo ha durado tu inteligencia con esa mujer sin corazón!

—¡Exiges demasiado! ¡Si las mujeres pudiesen menos, podrían obtener más!

—Sólo pido la misma lealtad que yo doy. Víctor... ¿Y a esto llamas exigir demasiado?

—¡Eso es bastante más de lo que consigue la mayoría de las mujeres!

—¡Víctor! ¡Desde ahora mismo puedes elegir entre esa mujer y yo!

—¡Está bien! Yo sabré lo que debo hacer... ¡Todo, antes que aguantar imposiciones femeninas!

Rosita acertó a entrar en el salón donde discutían sus padres. Ricardo iba detrás de ella, y al oír a sus hermanos, se detuvo, sumamente extrañado del carácter de la disputa.

La niña abrazó a su madre, y como prueba de que en Margarita no había el deseo de la separación, ella la envió a Víctor, para que también lo besara.

Rosita obedeció a su madre, y mostraba a Víctor, en su infantil alegría, los regalos que había recibido.

—Mira, mira... este collar me lo ha comprado tío Ricardo.

Víctor rechazó a su hijita, sin acariciarla, preocupado únicamente por lo que acababa de sucederle con su ex amiga.

—Ven, Rosita, ven con mamá—llamóla Margarita.

Pero Víctor detuvo a la niña, miróla fijamente y pareció aceptar una idea.

Margarita comprendió lo que pasaba por la mente de su marido, y, temerosa, exclamó apoderándose de Rosita:

—¡Oh, no! ¡No intentes quitarme la niña, Víctor!

Víctor se encogió de hombros.

—¿Has pensado que Rosita es tanto mía como tuya? ¡Si nos separamos, Rosita vendrá conmigo!

—¿Qué dices? ¡Oh, qué desengaño! ¡Como intentes siquiera arrancar a mi hija de mis brazos... te mataré!

La amenaza era firme. Transfigurada por la defensa que hacía de su hijita, Margarita tenía la fiereza propia de los seres que no se

detienen ante ningún obstáculo por lograr su fin, noble en el fondo de su conciencia.

Ricardo no llegaba a descifrar la incógnita que encerraba la violenta escena de sus hermanos. El gesto de Margarita, amenazando de muerte a Víctor, le había llenado de asombro. ¿Qué misterio había allí? ¿Quién tenía la culpa de ello? ¿Su hermano? No, no era posible. Víctor era incapaz de cometer una mala acción... ¿Margarita, entonces?... Sí, sí... Seguramente Margarita... Sin embargo, parecía tan dócil... tan cariñosa...

Víctor no quiso estar un minuto más en su casa, bajo el mismo techo que Margarita. Cogió su sombrero, se lo caló hasta las orejas, presa de ira, e inició la partida.

Ricardo, hasta aquel momento oculto de sus hermanos, le salió al paso, intrigado por lo sucedido:

—¿Qué vas a hacer, Víctor? ¿Piensas que tienes motivo suficiente para abandonar a tu familia?

—¡Me consta que lo tengo!... ¡Y te ruego que no me preguntes más!

Margarita, en tanto, llorando sin consuelo, exclamaba ante el juez, al que sorprendió sobremanera la triste realidad:

—¡Oh, juez! ¡Me amenaza con separarme de mi hija!

Apresuradamente, el magistrado fué al encuentro de Víctor, que se hallaba con Ricardo, sin que las palabras de éste le convencieran de que se serenase y mirase las cosas con la debida calma, y aportó asimismo sus esfuerzos al deseo de apartar del cerebro del vehemente joven la descabellada idea de renunciar a su mujer, tan leal, tan buena.

Todo fué inútil. Víctor estaba como loco. Tal vez luchando contra sus remordimientos, iracundo consigo mismo porque no podía combatir su debilidad por las aventuras, llegó a ofuscarse hasta el extremo de odiar a la única mujer que había amado. El suyo era un caso psicológico muy complejo, superficialmente analizado, pero muy explicable en el fondo. Su orgullo, su carácter impulsivo le impedían humillarse ante Margarita, y las palabras de ésta le habían parecido duras recriminaciones, que ya nunca cesarían. Pensó que, en adelante, no podría dar un paso sin tener que enterar del mismo a su esposa. El peccador no siempre comprende a los que saben perdonar. En muchos casos, siente un rencor infinito por los que le han perdonado, convencidos de que éstos serán para él una amenaza constante para

descubrir, cuando les convenga, los pecados que perdonaron.

Víctor se marchaba definitivamente. No vería más a Margarita. Y dijo al juez:

—Estoy completamente resuelto. Lléveme mañana al despacho mi testamento.

. . .

Víctor no durmió en toda la noche, pensando en su inminente separación. Cuando el alba anunció el nuevo día, ya tenía delineado su plan.

Llegó el juez a su despacho, donde él le estuvo esperando desde la víspera, pues no se apartó de su mesa de trabajo.

—Bien, querido; ya que la sensatez se ha declarado en quiebra, ¿qué modificaciones hemos de hacer en tu testamento?—preguntóle el viejo amigo, poniendo bajo sus ojos los pliegos de dicho documento.

—Nada más que una. En caso de mi muerte, quiero legar mi hija a mi hermano.

—¡Qué disparate! ¡Eso no puede hacerse, Víctor!

—¿Que no puede hacerse? ¿Y me lo dice un hombre como usted, profesional de la jurisprudencia? ¡Usted, juez, no ha leído la ley!

El magistrado consultó el código, que llevaba consigo, y, en efecto, encontró la ley a cuyo amparo se acogía Víctor, que prosiguió:

—Y aun está en vigor ese precepto legal en que yo apoyo mi deseo, ¿verdad que sí?

—Lo está; pero cayó en desuso hace muchos años. Es una ley olvidada por injusta.

—Pero *es la ley*, y yo voy a aprovecharme de ella.

El venerable funcionario recogió sus papeles, y aprestóse a marcharse del despacho de Víctor, negándose a ayudarle en aquella ocasión. No podía intervenir en aquella locura. Era de esperar que, con la reflexión, llegaría la enmienda del error.

Pero Víctor, sin inmutarse, fijo en su idea, le dijo, a guisa de despedida:

—De modo, juez, que si usted se niega a patrocinarme, no faltarán abogados que lo hagan. Estoy decidido.

Decididamente, Víctor era capaz de acudir al gabinete de cualquier otro letrado para llevar a la práctica su plan. En vista de ello, el juez volvió sobre sus pasos, y aceptó asesorarle.

—Trae tus testigos y no hablemos más.

Estos llegaron a poco, y se hizo la solicitada modificación en el testamento.



El juez, verdaderamente compungido, comentó, antes de que Víctor saliese de su despacho para requerir la presencia de los dos testigos que necesitaba:

—Por fortuna, esta ley sólo tiene efectividad en caso de tu muerte, y yo te conozco bien, para confiar en que cambiarás de idea cuando se apacigüen tus exaltaciones.

Con esta esperanza se resignó a hacer la citada modificación.

Y mientras Víctor estaba ausente, llamó por teléfono a Ricardo.

—A Víctor le ha cogido una racha de locura—le dijo—. Será conveniente que le hables en seguida, a ver si le haces entrar en razón.

—Voy allí al momento—contestó Ricardo, desconcertado.

Al parecer, después del aditivo al testamento, Víctor quedaba tranquilo. El juez se perdía en un mar de confusiones, y al separarse de él, le expresó su disgusto por lo que hacía.

—En este asunto, Víctor, yo no puedo estar a tu lado. Cuando haya vuelto a ti el juicio, vuelve tú a mí, al viejo amigo que tanto os quiere.

—Lo hecho, bien hecho está, juez.

—Hay momentos, hijo mío, en que uno no

sabe lo que hace. ¡Cuántos infelices gimen en horrendas cárceles por haberse dejado llevar de su temperamento en un instante de ceguera! En fin, yo creo que tú sabrás ver claro antes de que ya no haya remedio.

Poco después de marcharse el juez, Víctor, que preparaba sus papeles para emprender, por algún tiempo, un viaje, tropezó con un revólver, y tras de contemplarlo con un lúgubre pensamiento, dejólo encima de su mesa. Sentíase aburrido de todo. En último caso, cuando llegase la desgana de vivir, la reluciente arma sería su salvación. Una bala en la sien o en el corazón, y todo quedaría olvidado.

De pronto, una sombra dibujóse en el cristal *glacé* de la puerta de uno de los despachos. Volvióse rápidamente, giró nerviosamente la empuñadura, y al abrir, nadie apareció en el pasillo. ¿Soñaba? ¿Había sido una alucinación, propia del trastorno que sufría todo su ser?

Volvió a su mesa de trabajo, y entonces abrióse lentamente otra puerta, y unos brazos se tendieron a él, implorando, a juzgar por su temblor, su compasión.

Víctor, ante esa aparición, echóse a reír.

Los brazos siguieron adelantando hacia él, más implorantes todavía.

Víctor burlóse más aún, y ante el sarcasmo de aquella risa, una de las manos que suplicaban, crispóse colérica, ejecutora de siniestras venganzas. El revólver estaba encima de la mesa. Víctor lo empuñó un momento, pero lo volvió a dejar. De él se apoderó dicha mano, y cuando Víctor, aprestándose a la defensa, iba a arrebatárselo, disparó sobre su corazón, a quemarropa.

Víctor tambaleóse, y cayó pesadamente al suelo, sin poder gritar para que acudiesen en su auxilio.

En aquel instante, entró Ricardo en el despacho de su hermano, encontrándose con éste tendido en el suelo, y Margarita a su lado, con el arma en la mano y la mirada extraviada. Acudieron también los dos testigos de la modificación del testamento, que eran dependientes de Víctor, y ninguno de los tres hombres se explicaba la escena que presenciaban.

Ricardo levantó a su hermano del suelo y lo tendió con toda clase de cuidados en un sofá.

Entretanto, Margarita telefoneaba, presa de pánico, a su mejor amigo y consejero, el juez, que ya había regresado a su casa.

—¡Por favor, juez, venga en seguida al despacho de Víctor! ¡Ha ocurrido una desgracia horrible!

Víctor, presintiendo su última hora, vió a Margarita, de espaldas, mientras ésta telefoneaba, y balbució a Ricardo, señalándola:

—Ella... ella me disparó... Ricardo...

El hermano miró **horrorizado** a su cuñada, y recordó con precisión la amenaza que ella



*...y Margarita a su lado, con el arma en la mano y la mirada extraviada...*

pronunciara la víspera, cuando Víctor le habló de quitarle la niña.

Fué llamado un médico.

—¡Está agonizando!—sentenció el consultado.

Margarita, convulsa y sollozante, abrazóse a su esposo moribundo, y gemía:

—¡Perdón, Víctor de mi alma!... ¡Perdón!

La presencia de Margarita en el despacho de Víctor estaba justificada por su deseo de ver a su esposo, en una claudicación de amor propio impuesta por el cariño de su hija, para tratar de arreglar aquel doloroso asunto a las buenas. ¿De qué humillaciones no sería ella capaz antes que perder a Rosita?

Pero había ocurrido algo imprevisto, y Víctor se moría sin remedio.

En sus postreros instantes, el agonizante, consciente de sus muchos pecados, tuvo la nobleza de no culpar a nadie públicamente, pues la acusación lanzada contra Margarita no fué oída más que por Ricardo, y dijo:

—Fué casual... Estaba limpiando mi revólver... Nadie es culpable.

Luego, añadió, para Ricardo solamente:

—Hermano... El juez... tiene... mi documento...

El magistrado llegó en aquel desastroso momento. Víctor acababa de expirar en brazos de Ricardo, y Margarita, abrazada al desaparecido, lloraba a partir el alma.

—¿Qué ha sucedido?... ¿Qué pasa?...

—Todos llegamos tarde, amigo mío... ¡dema-

siado tarde!—sollozó Ricardo, ocultando su rostro reclinándole en un hombro del juez, que creyó se trataba de un suicidio.

Margarita sufrió un desvanecimiento, y el viejo amigo se ocupó de ella, mientras Ricardo, abrazado a su hermano, decía al que ya no podía oírle, a través de sus lágrimas:

—¡Víctor, Víctor! ¿Por qué no habré sido yo la víctima?

La justicia tomó cartas en el misterioso asunto. Fué recogida la confesión pública del difunto, de que nadie era culpable, de que se trataba de un disparo casual...

Ricardo luchó tenazmente contra el deber de descubrir a la culpable del asesinato, y contra la voluntad de su hermano, al hacer público, para salvar a su esposa, un descuido suyo limpiando el revólver... Venció la última declaración de Víctor, pero en el fondo de su ser sonaban aún las palabras primeras: "Ella... ella me disparó... Ricardo..."

El proceso fué breve, pues el dictamen del médico forense: "muerte por disparo casual", cerraba el paso a todo procedimiento judicial inquisitivo.

\*.\*

Unos días después, el juez procedió a la lectura del testamento de Víctor.

*...Lego a mi fiel criada, ama Cely, la suma de cinco mil dólares...*

*...Fuera de estos legados, dejo a mi esposa Margarita, la plena posesión y disfrute de todos mis bienes muebles e inmuebles.*

La mirada de Ricardo posóse hostilmente en Margarita. ¡Qué ironía—pensaba—que ella hubiese dado muerte a su marido y heredase todos sus bienes! ¡Ah, si él pudiera hablar!

Margarita, sintiéndose odiada por Ricardo, saludóle humildemente, y disponíase a retirarse a sus habitaciones; pero el juez la detuvo.

—Espere, querida. Hay un codicilo adicinado al testamento.

Al buen amigo de la casa le era sumamente violento leer la modificación aportada por Víctor poco antes de su muerte. Hubo una pausa.

—Dice...—pronunció el juez. Y leyó penosamente:

*Y a mi querido hermano, Ricardo Jarnette, confío mi hija Rosa, a la que tendrá bajo su custodia hasta que la emancipe el matrimonio o la mayoría de edad.*

Ricardo estremeciósse al oír esta cláusula. La

leyó él mismo y la confirmación de lo que había oído, le dió a suponer que su hermano tenía motivos más que sobrados para separar a Rosita de su madre. ¡Oh, sí, sí! Víctor debía haber descubierto algo grave en la vida de Margarita, y ésta, para hacerle callar, le había matado! ¡Qué horrible!

Margarita, en cambio, no comprendió el alcance de la cláusula final, y pidió una aclaración al juez:

—Yo soy poco entendida en leyes. ¿Quiere eso decir que Ricardo será una especie de tutor de mi hija y administrador de su patrimonio?

El juez, dominando su amargura, siguió en el cumplimiento de sus funciones:

—No, Margarita. Eso quiere decir que Víctor quita a usted la niña y la da a Ricardo.

En el paroxismo del dolor, Margarita se acereó a Ricardo, y exclamó:

—¿No ha oído usted? Ha dispuesto que mi hija sea separada de mí... ¡de su madre!

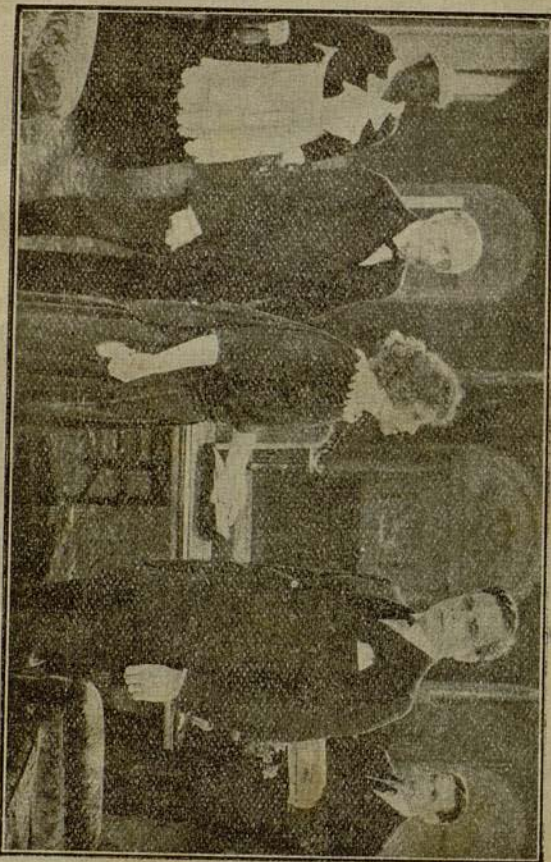
Ricardo no depuso su actitud violenta.

—¡No puede ser que este hombre, que ningún hombre, pueda quitarme a mi hija!—gritó ella entonces—. ¡Es mía, juez, mía nada más!

—Es la ley de este Estado, Margarita.

—Ricardo dígame usted que eso no será...

—Ricardo, dígame usted que eso no será...



—Yo estoy resuelto a obedecer el deseo de mi hermano.

El juez no esperaba tal respuesta. Sorprendido, cogió por su cuenta a Ricardo y censuró su conducta.

—Tú lo pensarás mejor, Ricardo. Un hombre de tus sentimientos no es posible que apruebe este acto de ultraje.

—¡No será, no será!—repetía en su desesperación la infeliz Margarita.

—Cuando mi hermano lo ordenó así, él sabría por qué. Mi deber es respetar su última voluntad.

—¡Pero esto es una locura que no se puede consentir!

—Hagan ustedes lo que quieran. Yo no tengo más que una decisión.

Y marchóse.

Margarita, presa de feroces instintos ante la dureza de su cuñado, intentó abalanzarse a él.

—Calma—aconsejóla el juez—. No desesperemos, Margarita. Yo estoy con usted.

—Yo no soy una mujer mala, juez. ¡Seguramente, un tribunal no me quitaría mi hijita de mi alma!

—Nada esperemos de ese lado, Margarita. Los tribunales someten sus fallos a la ley, aun-

que la ley, como en este caso, sea de una crueldad inhumana. Sin embargo, lucharemos hasta el fin. Bien sé que no desmaya el ánimo de una madre.

Y el juez ayudó a Margarita. Pero no se había engañado: la sentencia desfavorable a la madre, del más alto tribunal, situó a la desventurada frente a lo inevitable: la desgarradora separación.

El juez entrevistóse con su amigo.

—Ganaste, Ricardo; pero llegará un día tan seguro como hay un Dios, en que tengas que lamentar tu victoria.

—Primero, lo dispuso mi hermano. Después, ha decidido la ley. Mi conciencia está tranquila.

—Supón que tu hermano no hubiese sido siempre el joven modelo que tú veías en él.

—Dejemos en paz a los muertos, juez.

—¿Y qué harías si yo te trajera pruebas de lo que digo?

—Le ruego, juez, que no me hable de Víctor en esta forma. Es inútil que trate usted de hacerme desistir de mi propósito de reclamar a Rosita.

Margarita esperaba con la muerte en el alma el momento de la separación. Se consolaba hablando con ama Cely.

—Si Ricardo se lleva a Rosita, usted, ama Cely, debe ir con ella. Yo sufriré menos sabiendo que tiene su protección. Irá usted, ¿verdad que sí?

—Ya lo creo que iré. Y si el amo Ricardo intenta alzar un dedo sobre nuestro rayito de sol, yo no lo dejaré; ¡no, señora!

—Gracias, ama Cely, gracias...

—No llore, señorita... no llore... Todo se arreglará... Dios no puede consentir ciertas cosas...

Desde el día que el tribunal dictó su fallo en favor del hermano del difunto, Rosita fué separada de su madre.

Ricardo, el hombre que se amparó en la ley, aceptaba amorosamente la carga que se había impuesto.

Los días pasaban rápidos para la inocente niña; pero de noche la invadía una amargura inconsolable.

Aquella tarde, apenas acostada, Rosita, acordándose de su madre, saltó del lecho, apodóse de un retrato de la misma, que ama Cely pusiera encima de una cómoda, y volvió a acostarse, para dormir con la amada efigie. Pero

no pudo conciliar el sueño. Quería sentirla a su lado en carne y hueso. Lloró sin freno, y su llanto llegó a oídos de la criada.

—¿Qué tienes, cielito? ¿Por qué lloras de esta manera?

Fracasó en su empeño de consolarla, y comprendiendo que con nada conseguiría llamarla a la razón, decidió ir a avisar a Ricardo, que leía en la planta baja.

—Tendrá usted que venir, amo Ricardo. Yo no encuentro el modo de callar a la niña.

El no se hizo de rogar.

—¿Qué te pasa, Rosita? ¿A qué vienen tantas lágrimas?

Fijóse en el retrato de Margarita, y miró severamente a ama Cely.

—¡Yo no quiero vivir aquí más!... ¡Yo quiero ir con mamá!—decía la niña.

—Mamá está fuera... Ya estoy yo aquí... Anda, duérmete...

—¡No, no!

—Amo Ricardo... Todos los niños quieren a sus mamitas cuando llega la noche—explicó ama Cely.

En casa de Margarita, en tanto, hablaban la infortunada madre y el juez.

—¡Oh, juez; la ausencia de mi hija está matándome!

Y el noble amigo le aconsejó, como una solución:

—¿Por qué no va usted a Ricardo personalmente? Pedir sabemos todos; pero conmoviendo cuando piden... es un poder reservado a las madres.

—¡Oh, sí, sí! Yo quiero ver a mi hija, no puedo vivir sin verla. Iré. Haré lo que sea. ¡Pero verla!

Ricardo agotaba todos los recursos para calmar a Rosita.

—Si dejas de llorar y te duermes como las niñas buenas, mañana tendrás dulces y juguetes.

—¿Va a ser mañana Navidad?

—Aquí tenemos Navidad casi todos los días. ¡Pero no llores, mujer!

—Ya no lloro... ¿Vas a dar juguetes a otra nena, tío Ricardo?

—Si tú eres buena, no; todos serán para ti. ¿Lloras otra vez?

Ama Cely se alegraba de que Ricardo no lograra consolar a la niña, y de que ésta siguiese pidiendo a su madre.

Por último, Ricardo sacó de la cama a la niña, y la paseó a grandes zancadas por la habitación, hasta que el sueño rindió a la tierna criatura.

Margarita no quiso esperar al día siguiente para ver a su hija. Fué a casa de Ricardo aquel mismo atardecer. Encontróse con ama Cely, en cuyo corazón halló ecos de piedad su amargura. La fiel criada se arriesgaría a ir a buscar a Rosita, sin avisar a Ricardo. Mas éste vió a Margarita mientras ama Cely iba a despertar a la niña, y hubo de escuchar los lamentos de la pobre madre.

—¡Vivir como yo, con la muerte en el alma, no es vivir! ¿Ni por compasión querrá usted poner fin a mi martirio?

—Estoy cumpliendo la última voluntad de mi hermano, que para mí es sagrada... Pero el hecho de que yo tenga la custodia de la niña, es perfectamente conciliable con que usted venga a visitarla cuando quiera.

—Yo nunca renunciaré a mi hija... ¡nunca!...

—“Nunca” es un plazo tan largo, tan largo...

—¡Excepto para Dios... y para las madres!

Rosita apareció en lo alto de las escaleras del hall. Conducida hasta allí por ama Cely, al ver a su madre, se puso a gritar este dulce nombre, tendiéndole sus bracitos. Los dos seres que fueron uno solo, se abrazaron con

delirio. La escena resultó imponente. Ama Cely tuvo que apartarse, presa de honda pena. Ricardo se esforzó en mantenerse tranquilo. Pero cada día comprendía mejor lo que pasaba en el materno corazón. A pesar de ello, la acusación de su hermano en los umbrales de la muerte le impedía toda rectificación de conducta.

Fueron pasando los días, y en la suprema ironía de visitar a su propia hija en una casa que no era la suya, apuraba Margarita su cáliz de amargura.

Uno de los días, díjole Rosita, cuando Margarita se despedía de ella hasta el siguiente:

—¿Por qué no te quedas conmigo, mamá? Tú no me dejabas sola de noche.

—Me esperan, hijita... Pero mañana volveré... y jugaremos mucho...

Ama Cely contemplaba a madre e hija con adoración. Margarita sentía por ella una gratitud inmensa.

—Yo ruego a usted, ama Cely, que hable a Rosita de mí a todas horas... ¡Por Dios, que no me olvide!—suplicóle al marcharse.

Al pie de la escalera cruzóse con Ricardo. Saludáronse levemente. El iba cargado de numerosos envoltorios de juguetes. ¡Qué contenta iba a ponerse Rosita al recibir tanto



regalo! Experimentó el deseo de asistir a la alegría de su hija, y subió detrás de Ricardo, sin ser vista.

En efecto, Rosita saltó de gozo al inundarla Ricardo de nuevos obsequios, y en una de las pausas, le preguntó con cierta gravedad:

—Tío Ricardo, ¿a ti no te hace daño el corazón?

—¿El corazón? No, chiquilla.. ¿Por qué?

—Como dijo mamá que tenías un corazón de piedra, yo pensaba que te haría daño.

Ricardo emocionóse, y estrechó contra sí a la niña. Margarita, que contemplaba a su hija desde la puerta, no pudo seguir en su observatorio, y al apartarse de él, sus piernas se negaron a sostener su cuerpo. Cayó como desvanecida. Ricardo oyó sus suspiros, y entregando la niña a ama Cely, comprendiendo lo que había ocurrido, acudió a socorrer a su cuñada.

Margarita recobróse lentamente. No había sido nada. Estaba acostumbrada a sufrir. Ya podía marcharse por su pie a su casa.

Pero Ricardo, compadecido de ella sinceramente, ofrecióse a acompañarla.

La condujo en su automóvil hasta la puerta de su vivienda. Despidió luego el coche,

para regresar a pie, y al marcharse el mismo, vió, en la otra acera, a una mujer tendida en el suelo, sin conocimiento. Dos hombres habían acudido a prestarle auxilio, y acercándose al grupo, Ricardo tomó en sus brazos a la sincopizada, y la llevó a la casa más cercana, o sea, a la de Margarita.

Pocos momentos después, el destino tomaba una intervención trascendental en nuestra historia.

—Usted necesita alimento y descanso. Seguro estoy de que la señora Jarnette la atenderá con toda solícitud hasta que usted se recupere—decía Ricardo a la desconocida, al volver ésta en sí, mientras Margarita se cambiaba de ropa para salir a enterarse de lo que ocurría.

La enferma, una desgraciada a la que faltó la brújula en el tumultuoso mar de la vida, reflejó en su rostro el mayor espanto al oír el nombre de Jarnette.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Yo no debo estar aquí un minuto más!

—Serénese, por favor. Cualquier excitación puede serle perjudicial.

—¡No quiero verla! ¡No quiero verla!

—Cálmese. Yo le prometo que no la verá, hasta que se cure.

—¡Sáqueme de aquí!

Hizo por manera de desprenderse de los brazos de Ricardo, mas sus fuerzas la vencieron de nuevo. Margarita fué avisada de la extraña preocupación de la enferma, y prometió no presentarse a ella hasta que desapareciera su manía de no verla.

A medida que los días pasaban, el corazón de Ricardo iba siendo como un relicario del amor de su sobrina.

El juez lo celebraba infinito, y una tarde, hallándose en su casa, decidió hablar con él extensamente, claramente, ansioso de defender a Margarita. Largo tiempo había estado preparando esta entrevista. Tropezó con algunos inconvenientes, pero ahora todo estaba preparado para el ataque final.

Empezó.

—Parece, Ricardo, que esa niña está haciendo de ti otro hombre.

—Es verdad, juez. Nunca supe lo que era vivir, hasta que ella vino.

—Entonces... ¿cómo no piensas que has quitado la vida a su madre?

—¿Otra vez, juez?

—Mira, Ricardo; tu vida viene nutriéndose de bellos engaños, y yo voy a destruirlos

desde mis posiciones de abogado, aunque con ello te haga sufrir una decepción.

—¿Qué pretende usted decirme?

—Lo que antes debía decirte. Lo que tú debías haber visto por tus propios ojos.

—¿Qué es ello?

—¡Tu hermano Víctor era un mal hombre!

—¡Juez! ¡Esto yo no se lo tolero!

—¡Pues repito mi acusación! ¡Vengo dispuesto a arrancarte la venda de los ojos, y has de oír todo lo que pienso decirte!

—Abrevie...

—Víctor, el hermano a quien querías con ceguera, engañó a su mujer desde el primer día de su matrimonio... No me interrumpas... Si él no hubiese muerto por su propia mano, siempre habría estado en peligro de ser muerto por otra.

—¡Eso es lo que ha pasado, juez! ¡Otra le mató!

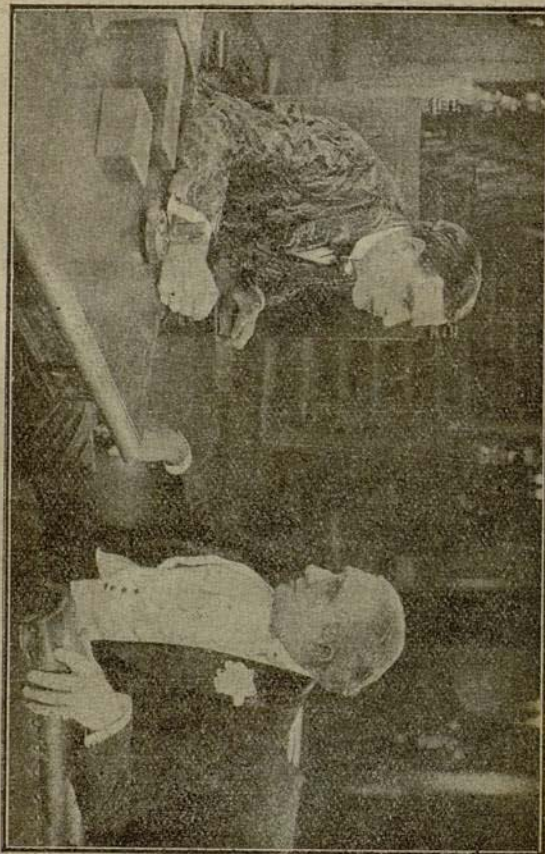
—No es cierto; ¡tu hermano se suicidó!

—¡No! ¡Mi hermano fué asesinado por la madre de esa niña, por su propia esposa!

—¿Qué?... ¡Insensato! ¡Tú crees semejante monstruosidad?

—¡No es que lo crea, es que lo sé! ¡Me lo dijo él mismo en sus momentos de agonía! ¿Comprende usted ahora mi actitud?

—¡Juez! ¡Esto yo no se lo tolero!



El juez reconcentróse en sí mismo. Dudó un momento, pero presto se rehizo y atacó duramente.

—¡Eso es falso! Y aun si fuera cierto, una razón debía darle tu hermano a Margarita para cometer una imprudencia.

—Diga mejor que era ella quien tenía algo que ocultar para siempre.

—¡Es inicuo suponer tal cosa!

—¡Mi hermano fué asesinado por su mujer porque ella...!

—¡Calla! ¡Tu hermano fué siempre un miserable!

—¡Juez! ¡Por vida de...!

Levantó su puño sobre el viejo amigo. Estaba ciego.

El juez irguióse ante él, dispuesto a recibir la ofensa, y Ricardo, ante su fiera actitud, quedó desarmado.

—Siéntate... Comprendo el dolor que te ocasiono... Debes perdonarme, por el fin que me impele a ello... Ahora vas a convencerme de la realidad de mi acusación contra tu hermano... Te he traído la prueba de su punible conducta.

El juez desapareció para volver a poco con la amiga de Víctor que visitara a Margarita para vengarse del abandono de aquél.

Ricardo asistía, roto su corazón, a la caída del ídolo; y trató aún de resistirse a aceptar la verdad.

La aventurera traía un paquete de cartas, y con una *sans-façon* digna de la más experta de las mujeres de su clase, demostró irrefutablemente que Víctor había sostenido relaciones con ella después de su casamiento, asignándole mensualmente una cantidad de bastante importancia, aparte de las que le entregaba a menudo para gastos varios.

Cumplida su misión, la aventurera recibió un cheque del juez, y volvió a su vida, satisfecha del negocio que acababa de hacer vendiendo las cartas del antiguo amante, que conservó, porque si, con otras de otros...

Ricardo no podía negarse ya más que había adorado a un falso ídolo.

—¿Ves claro ahora? Sin embargo, ésa no es más que una de las varias con quienes tu hermano invertía sus ingresos y olvidaba sus deberes—le dijo el juez.

Es de almas generosas reconocer los errores, y Ricardo era bueno. Pero necesitaba estar solo con su dolor. La meditación le haría mucho bien.

—Adiós, juez. Hay cosas... ¿sabe usted?...

—Perdóname, Ricardo... Hubiese preferido

no llegar a este extremo... pero ha sido preciso... por Margarita... por esa santa...

Al quedar solo, Rosita, silenciosamente, se acercó a Ricardo. El la recibió en sus brazos, y la estrechó con frenesí contra su pecho.

—He despertado, porque no te acordaste



*Cumplida su misión, la aventurera recibió un cheque del juez...*

de darme un beso esta noche—le dijo la niña, acariciándole.

Una ternura infinita invadía a Ricardo. Besó a la niña. y murmuró, ocultando sus lágrimas:

—¿Cómo podría yo renunciar ya a ti, si eres mi vida?

Ama Cely llamó a Rosita desde lo alto de las escaleras.

La niña arrodillóse y elevó al cielo su plegaria habitual no olvidándose de pronunciar el nombre de su madre.

Y Ricardo, emocionado, tomó una noble determinación.

..

A la mañana siguiente, sabía Ricardo que no podía retener más tiempo a la niña. Decíasele un imperativo de su conciencia.

Llevó a Rosita al lado de su madre, cuya alegría no tenía límite.

—¿Tú aquí, vida mía? ¿Quién te trajo?

—Tío Ricardo. Y ya no tengo que dejarte más, mamaíta.

—¿Pero es cierto?

Margarita buscó con la mirada a su cuñado, que en aquel momento se acercaba a ella.

—Aunque tarde, comprendí mi error y me apresuré a rectificarlo. El puesto de Rosita está junto a usted—le dijo él, afligido.

—¡Oh, gracias, Ricardo! ¿Pero por qué no se atreve usted a mirarme a la cara? ¿Cree



*La niña arrodillóse y elevó al cielo su plegaria habitual...*

usted que yo no hice todo lo que pude por la felicidad de su hermano?

La nueva doncella de Margarita interrumpió la plática.

—Dispense, señor Jarnette; pero la señora enferma oyó desde arriba la voz de usted, y quiere verle.

—¿Sigue todavía aquí esa mujer?

—Sí, Ricardo. Y no sé qué misterio hay en la vida de esa infeliz. Desde que la trajeron a esta casa, se ha negado a hablar conmigo.

Ricardo entró en la habitación donde esperaba sus últimos momentos la desgraciada mujer, y ésta, apenas le vió cual si le faltase el tiempo para descargar su conciencia, acusóse de haber sido la que mató a Víctor.

—¿Usted?... ¡Hable!

—Yo le amaba... y en mala hora me dejé seducir por sus promesas. Cuando supe que se había casado, fuí a buscarle, y no me permitieron verle, sin duda obedeciendo órdenes tuyas. Después, una y cien veces mis súplicas se estrellaron contra su indiferencia... El día en que mi familia me arrojó de la casa, negándome todo amparo, fuí a su oficina... Mis manos se tendieron a él, suplicantes... Añadió al agravio el desprecio... No

supe lo que hacía... Vi un revólver encima de su mesa... Me apoderé del arma... El quiso quitármela... Me cegó la indignación... ¡y disparé!... huyendo al oír que alguien se acercaba. Por favor, no diga nada a la señora Jarnette; ha sido tan buena para mí... Dios



*...mis manos se tendieron a él, suplicantes...*

quiera perdonarme...

Aquella confesión fué un alivio inmenso para Ricardo, que apresuróse a volver al lado de Margarita, que fué quien entró, aquel funesto día, en el despacho de Víctor, apenas consumado el hecho.

Comprendía que su hermano, al acusar a su esposa, a la que vió de espaldas en su agonia, creyó que señalaba a la otra, a la verdadera autora del disparo.

—¡Oh, Margarita! ¿Cómo podré compensar a usted de toda la infelicidad que le he causado?—le dijo.

—Todo lo he olvidado ya, Ricardo, ante la ventura presente.

Rosita pidió a su tío que la levantase en sus brazos, para jugar con él. Acariciándola, con emoción, Ricardo preguntó a Margarita:

—¿Me permitirá usted ver a Rosita... algunas veces?

—Siempre que usted quiera, Ricardo.

Dió unos pasos hacia la puerta. Se detuvo un momento, y volvió a preguntar:

—Y cuando venga... ¿podré también ver a usted?

¿Qué significaba aquella pregunta? ¿Quería expresar, con ella, su deseo de demostrar a Margarita que, en adelante, quería darle pruebas de la simpatía que le inspiraba, dispuesto en absoluto a corregir sus errores?

Margarita presintió algo más, y llevóse la mano al corazón. ¿Acaso sus almas habían estado llamándose? ¿Sería verdad?...

Rosita pujóle de la falda.

—Mamaita, ¿qué te dijo tío Ricardo?

—Me dijo, me dijo...

No pudo decirlo. Y la niña no comprendió lo que contenía el abrazo con que su madre ahogó sus últimas palabras...



*Acariciándola, con emoción, Ricardo...*

..

A través de las nubes de pesar, apuntaba la esperanza.

Margarita y Ricardo conversaban en el jardín.

—El pasado al pasado pertenece, y sólo insisto en censurarme el haberme olvidado de que la maternidad es algo más sagrado que las leyes de los hombres. Yo he sido un insensato, Margarita; pero usted ha obtenido una doble victoria... porque me ha enseñado a amarla más que a nada en el mundo.

Ella fingió no haber oído esto último... para que Ricardo insistiese en hablarle de amor...

Pero él, no atreviéndose a declararse, desvió el rumbo de la plática.

—Pronto embarcaré para Europa. Mas no puedo decir cuando será mi regreso.

Guardaron los dos silencio. Ricardo empujó la verja del jardín, y despidióse de Margarita.

—Adiós... tal vez para siempre...

Disimulando sus deseos, Margarita le interrumpió:

—“Siempre” es un tiempo muy largo, Ricardo, muy largo...

Repetía una frase suya...

Pero Ricardo siguió adelante... y Margarita, persuadida de que debía ayudarle a sincerarse, le llamó.

—Yo creo que un viaje por Europa haría

mucho bien a Rosita... y a su madre...—murmuró esquivando sus miradas.

Ricardo no necesitó oír más, y con inusitada vehemencia atrajo a Margarita hacia sí, besándola.

—¡Oh, Margarita, a los tres nos hará mu-



—¡Oh, Margarita, a los tres nos hará mucho bien!

cho bien!

Ama Cely, que estuvo contemplando a la pareja, dijo a Rosita, sonriente:

—Me parece que tu tío Ricardo va a ser un



huésped perpetuo en esta casa, rayito de sol.

La niña acercóse a ellos, y fué recibida con infinito cariño.

Y el juez, conmovido por el ideal resultado de su intervención en la reconciliación de Margarita y Ricardo, volvióse de espaldas, para no ver ciertas cosas, y se alejó por el jardín, fumando una sabrosa pipa.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

LA FINÍSIMA NOVELA

¿Cómo educar  
a la mujer?

Por MONTE BLUE,  
MARIE PREVOST, etc.

Interesantísimo asunto

32 páginas - Numerosas fotografías

25 céntimos.

Postal-fotografía regalo:

Nina Vanna



LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda  
España — Precio: 25 cts.

Lea usted los últimos grandes  
éxitos editoriales, que son

## El Capitán Blood

(por J. WARREN KERRIGAN,  
JEAN PAIGE, etc.)

## Más fuertes que su amor

(por GLORIA SWANSON y  
RODOLFO VALENTINO)

## ELLA...

(por BETTY BLYTHE)

## y Demasiadas mujeres

(por REGINALD DENNY,  
MARGARET LIVINGSTON, etc.)

Todos forman parte de la selecta  
BIBLIOTECA *Los Grandes Films*

de LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Portada a bicolor - 64 páginas  
Numerosas fotografías de la película

PRÓXIMAMENTE

## Nobleza baturra

PRECIO POPULAR: 50 CÉNTIMOS